

re la interinidad, el desdoro; mientras dure la interinidad, el abscntismo, la fuga de los capitales, la miseria, el hambre; mientras dure la interinidad, todas las plagas que pueden caer en un país civilizado.

Yo doy de barato al Sr. Cánovas que las leyes que han hecho estas Cortes, las leyes orgánicas, la ley de orden público y las demás leyes son insuficientes, que son malas, que son anárquicas. Pues todavía esas leyes, empleadas por un Gobierno á cuya cabeza esté un rey, bastarían. Y esto lo digo aparte de que yo estoy lejos de aserir indistintamente al juicio del Sr. Cánovas sobre esta materia.

Una espresion ha dicho el Sr. Cánovas que al principio no comprendi, y que después de haberla comprendido hubiera deseado no escucharla de sus labios. S. S. ha manifestado con una franqueza que le honra, que solo tiene simpatías personales, simpatías del corazón, simpatías íntimas, simpatías pláticas, exentas, á lo que parece, de toda mezcla y ligadura de interés político, actual, positivo y fructífero, hacia el príncipe Alfonso; y al explicar S. S. la razón de esa disposición de su ánimo, añadía que le parecía muy difícil, que le parecía mala, que le parecía inconveniente la exaltación al trono de un menor de edad. Me parece que eso fue lo que S. S. dijo: fundar una dinastía sobre la cabeza de un menor de edad, ¿era esto?

Pues yo digo que en el sistema de S. S. este inconveniente se allana muy fácilmente; cada día que pasa se merma el inconveniente en veintidós horas: antes de un año el príncipe Alfonso tendrá la mayor edad por todas las Constituciones anteriores; y si la interinidad es tan buena, si la interinidad debe durar por ahora; si la interinidad debe durar aunque no sea más que un año, dentro de un año sobre la cabeza del príncipe Alfonso, hoy niño, podrá fundar S. S. una dinastía, y ya á las simpatías de corazón podrá añadir sus simpatías políticas, y navegar á velas desplegadas por el pacífico mar de la restauración.

Esto es obvio, esto es claro, esto es evidente. Ya poseemos, no diré el secreto, no diré la clave, sino el resultado necesario de la interinidad prolongada y de las candidaturas de la interinidad. Y como es tarde, y como no quiero ni es menester molestar á la Cámara refutando otras muchas paradojas que S. S. ha sostenido, voy á concluir haciendo un recuerdo á las Cortes.

No teman los señores diputados que yo vaya á despertar memorias amargas; está eso muy lejos de mí ánimo; yo no vengo aquí á ofender la susceptibilidad de nadie; yo vengo á hacer historia, y á hacer historia imparcialmente, y á hacer historia sin herir en lo más mínimo á partidos, á grupos, á personas.

En 1843 hubo una coalición de moderados y progresistas; los progresistas que estaban dentro de la situación y se pusieron en contradicción con el regente del reino, se aliaron con los moderados para derribarle. Los aliados triunfaron; el regente del reino sucumbió. Los moderados que se unieron á los progresistas decían: valgaonos ahora de los progresistas, que ya cuando veníamos nos desahoramos de ellos. Vencieron los coaligados, y con efecto, los moderados cumplieron su propósito; cumplieron la palabra que se habían dado á sí mismos; enviaron de los progresistas. (Risas.)

El año 1845 la situación estaba invertida, aunque era idéntica. Los conservadores, ó moderados de oposición, moderados que pertenecían á la situación, declararon la guerra al Gobierno que entonces existía, y se aliaron con los progresistas, partido venidito. Entre ambos partidos derrocaron al ministro, vencieron á la situación y derribaron al poder público. Entonces dijeron los progresistas: nos hemos valido de los moderados y ya no los necesitamos; tomemos el desquite de 1843. Y en efecto, los progresistas eliminaron á los moderados de oposición, á los parlamentarios moderados, á los conservadores, que ya nos llamábamos así, y sobrevino un conflicto entre progresistas y conservadores, y á los tres meses del conflicto, conservadores y progresistas, venidos y vencedores, yacían en la arena á los pies de los antiguos moderados.

En ambos periodos, en el curso de todos esos tiempos, la nación no ha hecho más que sufrir conspiraciones, turbulencias, insurrecciones, caos en la Hacienda, caos en la administración, corrupción en las costumbres públicas y privadas, indisciplina política y social, miseria, atraso, militarismo, todos los males que puede padecer un pueblo civilizado. Pues ahora la situación se parece bastante á las situaciones pasadas. Yo no voy á aludir á miras, á planes, á actos consumados ó por consumar de nadie; yo voy solo á decir lo que encuentro en el instante mismo de los partidos, de los grupos y de los hombres; en aquel instante de que acaso no se den cuenta los mismos que le sienten, pero que obran impulsados por el poderosamente.

Ahora hicieron la revolución los unionistas, los progresistas y los demócratas; los demócratas unidos, porque luego se desunieron y apareció el partido republicano, que reconozco que es la iglesia de esa antigua comunión, porque es la mayoría; y para mí no hay más iglesia que la mayoría. Cuando yo me he separado de la mayoría, me he declarado y reconocido cismático y hereje. Pues bien; hecha la revolución por los tres partidos, á poco tiempo, cuando ya estaba terminada la Constitución, dijeron los radicales: puesto que hemos venido y ya estamos tranquilos, y ya hemos visto la situación, eliminemos á los unionistas; y se ha verificado esta primera eliminación, y ha de verificarse otra, y ha de verificarse pronto. Y quedan en la situación demócratas y progresistas. Pues los demócratas dirán á su vez y á su tiempo oportuno: eliminemos á los progresistas; y los progresistas serán eliminados. (Rumores.) Si se rían eliminados por una ley necesaria, si no se proclama un rey fuerte.

Los demócratas dirán: eliminemos á los progresistas; y los eliminaron; y luego los republicanos dirán: ¿qué haceis ahí, minoría microscópica?... y eliminemos á los demócratas; y luego, en este trabajo de disolución, los republicanos individualistas serán eliminados por los republicanos socialistas. Y entonces, llegando á sus últimos límites la anarquía, vendrá la dictadura, vendrá la reacción, vendrá la restauración, que, con su pesado nivel, nos aplastará á todos por igual. Este es el porvenir que nos espera con la interinidad. La historia de ayer, la historia de hoy, la historia de Francia, la historia de Inglaterra, la historia de todas las revoluciones modernas es esta: esta es la verdad, este es el sentido de todas las revoluciones.

¿Qué enseñanza resulta de estos hechos evidentes, palmarios, innegables? Resulta que los liberales todos nos hemos perdido, nos hemos arruinado, nos hemos exterminado alternativa y sucesivamente los unos y los otros; y que de camino hemos matado la libertad y agotado en sus más íntimas fuentes la vida y la sustancia de la nación. (Sensación prolongada.) Pues bien; si de algo ha de servir la experiencia de lo pasado, unánimes siquiera no sea más que por un día, por una semana, por un mes, para elegir rey. Esto es lo que proponemos; esto lo que pedimos reverentemente á las Cortes.

El Sr. CÁNOVAS. Se bien, señores, que no tengo el derecho de replicar al Sr. Ríos Rosas, y no voy á intentarlo siquiera; voy solo á rectificar, y empezando dando gracias á S. S. por la manera cortés y aun benévola con que se ha ocupado de mí; pero debo decirle luego que no me ha comprendido en varias cosas.

En primer lugar, yo no he dicho que rechazé todas las ideas y todos los principios de la revolución de Setiembre. Esto no lo puede hacer nadie. He dicho que no la había aprobado en su realización, y que combatía la organización política que en general ha dado al país; pero desde ahora anuncio que muchos de los hechos que he llevado á cabo quedarán siempre aquí como derecho constituido.

No puedo menos de hacerme cargo de otra indicación del Sr. Ríos Rosas, aunque no sea más que para adherirme á su calurosa protesta y al entusiasmo con que la ha acogido la Cámara, contra toda

idea de intervención extranjera que, yo, desde luego, y refiriéndome á la de 1823, califico de miserable recurso. Pero de que protestemos contra todo género de intervención y de que yo haya lamentado que alguna vez haya sido posible, ¿se deduce que no sea cierto que la mayoría del país recibió con agrado la de 1823? (El Sr. Ríos Rosas. Fue un luto nacional.) Bien: no resolveremos nosotros sobre este punto histórico; S. S. tiene una opinión, yo tengo otra; la historia juzgará. Sin embargo, diré á S. S. una cosa: ¿qué es lo que más puede herir nuestro orgullo nacional, el que por error ó pasión política, por fanatismo político ó religioso, el país aceptara entonces esa intervención, ó la suposición de que España, que rechazó á los ejércitos de Napoleón en la titánica lucha de 1808 á 1814, se dejara luego dominar por 60.000 reclutas extranjeros?

Dice S. S. que fué un luto nacional. Pues hielro y no luto debieron oponer los españoles de 1823 á la invasión extranjera, como hielro y no luto habían opuesto en otro tiempo no distante, cuando las circunstancias del país eran bien diferentes, cuando no había, como en 1823, un pueblo acostumbrado á combatir, y á combatir con los primeros soldados del mundo. Quedémonos, pues, cada cual con su opinión: pero conste que si yo he tenido reparo en creer que la inmensa mayoría del país recibió con agrado la intervención extranjera en 1823, fué porque me humillaba más el pensar lo contrario.

Decía el Sr. Ríos Rosas que, por más que yo haga hoy ya, los partidarios de una idea determinada no tendrán por un Hernán-Cortés. Es imposible que nadie deje de encontrarse en situación difícil al ser comparado con Hernán-Cortés, siquiera sea la comparación en la forma que la ha hecho el Sr. Ríos Rosas; pero aunque yo aceptara la comparación y pretendiera ser el Hernán-Cortés de esa lidia, no sería un Hernán-Cortés, sino dos, porque no es una, sino dos dos escuadras las que hoy he quemado. Personas hay que saben, y alguna no está lejos de mí, que poco antes de la revolución se me habló de un ministerio de conciliación y me manifesté de todo punto contrario á ello; y que luego, y enterado de los propósitos de la unión liberal de hacer la revolución, yo me negué á seguirla en ese camino. Ni con esta ni con la reacción quise ser nada; y sin temor de ser desmentido puedo declarar que desde que la dinastía invadió el poder legislativo, yo rompí con ella toda relación, hasta que la persona que la representaba cayó destronada por sus faltas propias y las ajenas. Pero estos actos son muy fáciles, así como el ser Hernán-Cortés de la manera que dice el Sr. Ríos Rosas.

Voy á otro error de concepto que me ha atribuido S. S. Se empeña mucho el Sr. Ríos Rosas en hacer creer que yo deseo la unanimidad. No; yo me contento con la mitad más uno de los diputados, según el voto particular del Sr. Rojo Arias. Yo sé que la unanimidad sería absurda é imposible; pero no creo que lo sea el suponer que alcance aquí un candidato los 171 votos que obtuvo el duque de Génova; y D. Fernando de Portugal hubiera obtenido en esta Asamblea unanimidad ó casi unanimidad. Lo que ha sido podría volver á ser; y si no es posible por las circunstancias de esta Cámara, lo conveniente sería disolvernos y traer otra que llegara á entenderse en la cuestión de rey.

El Sr. RÍOS ROSAS. Dice el Sr. Cánovas, que don Fernando de Portugal tenía unanimidad ó casi unanimidad. Pues en eso caso todos los mecanismos son buenos. Respecto al duque de Génova, el Sr. Cánovas ha incurrido en un ligero error. El duque de Génova no llegó á tener mayoría absoluta, y para llegar á la cifra muy alta, pero no mayoría, que alcanzá, invirtieron sus parciales un mes haciendo un escrutinio diario que entiendo yo que de haber sido público y solemne habría dado resultados muy diferentes.

Que el Sr. Cánovas ha quemado dos escuadras. Pues á pesar de eso, yo tengo para mí que han de decirle á S. S. que no ha quemado ninguna, que no ha levantado la bandera sino á media asta, y que ellos la quieren toda al viento.

1823. Yo no entré ahora á explicar lo que pasó entonces; pero qué quería el Sr. Cánovas, que la nación que hacia solo seis años descansaba del sacudimiento que hizo en 1808, hiciera otro igual en esa época? ¿Cabe esto en lo posible? Y porque eso sea imposible, ¿se ha de calumniar el patriotismo y la dignidad de una nación, cuyos órganos estaban atrofiados por el absolutismo de Fernando VII, porque no se levantó á rechazar, no 60.000 hombres como ha dicho el Sr. Cánovas, sino 100.000, apoyados por las potencias extranjeras unidas en la Santa Alianza? Pues esto no justifica, porque aquellas indignidades son injustificables, pero explica las decepciones de los generales liberales.

Otro punto muy delicado ha tocado el Sr. Cánovas, del cual yo no quisiera ocuparme antes. Dice S. S. «Si esta Cámara no puede hacer rey, disuélvase.» ¿Y quién la ha de disolver? (El Sr. Cánovas. Ella misma.) Pues ella misma no se disolverá, porque esta Cámara tiene el sentimiento de su deber y su patriotismo, y hará rey antes de disolverse. Esta Cámara es hoy el poder supremo, y tiene la triple autoridad del sufragio universal, de la aqnesencia del país durante dos años, y de la sanción de las naciones extranjeras. ¿Qué diría el país, qué diría la Europa, qué diría la historia, si esta Cámara se separara sin haber hecho rey? Esa sería la mayor de las ignominias.

El señor PRESIDENTE. El Sr. Cánovas tiene la palabra para rectificar.

El Sr. CÁNOVAS DEL CASTILLO. La renuncio. El señor ministro de la GOBERNACIÓN. No será en mi grande arteificio si digo que me encuentro sumamente embarazado al entrar en una cuestión tan grave y controvertida por dos eminentes oradores. Sin la necesidad de contestar á varios cargos y preguntas que ha dirigido el Sr. Cánovas al Gobierno, sería en mi grande impertinencia venir á turbar la elevación de este debate; pero los señores diputados habrán advertido el carácter principal que distingue al discurso del Sr. Cánovas, que no ha sido el de combatir la ley de monarquía. Algo más grande que esto ha sido el propósito de S. S., y que se relaciona con su posición dentro de la unión liberal y dentro de esta Asamblea.

Primera tesis del Sr. Cánovas: es bueno, es oportuno, es conveniente salir de la interinidad; pero ¿puede salir de ella y nombrar un monarca que dé asiento á vuestras instituciones? Todo el discurso de S. S. se ha encaminado á negar esta posibilidad: de modo que aquí hay algo más peligroso que todo eso para la consolidación del orden y de la paz. ¿Qué incógnita es esta? Vamos á verla.

S. S. ha dicho bien claro que no quiere la revolución de Setiembre. Señores, cuando se habla de esta revolución, parece como que se trata de un movimiento hecho por un solo partido que ha triunfado por casualidad, cuando no ha habido una revolución más preparada ni que se haya hecho con mayor asentimiento. No se trata de una revolución improvisada; estaban convenidos por todos los principios que se habían de proclamar. ¿Cuáles fueron esos principios? La soberanía de la nación, representada por el sufragio universal, los derechos individuales y la descentralización administrativa. ¿Ha hecho más la Constitución que consignar esos grandes principios? S. S., sin embargo, no los quiere, y no es extraño, entonces, sino muy natural, que todo lo encuentre malo. Pero como no es posible que rasguemos la Constitución y las leyes ya formuladas, ni que nos marchemos de este sitio disolviéndonos, la argumentación de S. S., permítame el Sr. Cánovas que lo diga, es completamente absurda.

Pero algo más ha hecho el Sr. Cánovas, con profundo dolor mío. Ya que no la monarquía tradicional, decía S. S., tengamos al menos una monarquía como la francesa, el plebiscito. Mi asombro no era por la forma. ¿Ya que no la monarquía tradicional? ¿Con que es posible, con que es dable, con que es discutible que venga doña Isabel de Borbon ó su hijo? Esto no solo no es posible, sino que los que han entrado en este sitio por sufragio universal, no pueden sostenerlo sin ser considerados traidores á la pá-

tria. (Aplausos.) ¿A qué estado hemos llegado! ¿Dónde están los primeros días de la revolución? Semejante idea es un ultraje y una degradación. Yo no digo eso. ¿Había de discutir la posibilidad de que España llegara á tal decadencia, á tal aflicción, á semejante desastre?

Pero el Sr. Cánovas me permitirá que le diga que exageramos sus argumentos ha incurrido en las contradicciones más palmarias, y voy á enumerarlas. Hablaba S. S. de la imprevisión de los poderes públicos, de la casualidad que preside todos los actos del Gobierno; y tratando del estado de perturbación que se observa en España, nos ha dicho que data de hace cuarenta años. Pues no cuenta ese tiempo la revolución de Setiembre; quien los cuenta es la dinastía que ha venido conspirando todos esos años contra la libertad. (Aplausos.) Levante el Sr. Cánovas la cabeza, contemple esas lápidas, y verá consignado en ellas lo que ha hecho la dinastía en esos cuarenta años.

Nos ha hablado también S. S. de las épocas del 20 al 23, de 40 á 43 y de 54 á 56, como grandes periodos de turbulencia que demuestran el error de ciertas ideas. De modo que, según el Sr. Cánovas, todos esos grandes ensayos de la libertad lo que han venido á evidenciar es que no hay salvación posible para esas ideas, y lo que resultará entonces es que no la hay más que en las absolutistas, porque ese otro sistema intermedio es impotente, imposible, y como tal está condenado por la historia.

El Sr. Cánovas dice que se ha desenvuelto mal la Constitución, y que con las leyes de orden público, de ayuntamientos y de diputaciones provinciales no se puede gobernar; pero que si se gobierna, S. S. está dispuesto á prestar su apoyo. Sr. Cánovas, gracias por la cooperación de S. S.; pero en tesis general, ¿es cierto que con esta Constitución y estas leyes no se puede gobernar? Lo que puedo decir es que con los principios consignados en ellas se gobiernan las naciones modernas. Tropezamos con dificultades, pero esto es muy natural en un pueblo que pasa de la servidumbre más abyecta al estado en que hoy nos encontramos, y lo que hay que hacer es procurar allanar esas dificultades.

Duda el Sr. Cánovas que el Gobierno pueda gobernar, ni conservar el orden, ni asegurar el ejercicio pacífico de las libertades, porque según S. S. está reducido el Gobierno á que el ministro de la Gobernación envíe despachos telegráficos á los gobernadores y á que estos presencien los acuerdos de las diputaciones provinciales.

Yo llamo la atención de los señores diputados sobre el hecho de que las turbulencias se van terminando á pesar de las dificultades que los pueblos encuentran; yo les llamo la atención sobre el hecho de que donde quiera que hay un desorden, los criminales son entregados á los tribunales. Donde sucede esto el orden está asegurado, porque allí la autoridad es fuerte y eficaz.

Algo más pudiera decir al Sr. Cánovas; pero con haber fijado la posición del Gobierno me basta. Terminaré, pues, diciendo que los principios que han inspirado la revolución de Setiembre son los que pueden mantener el orden; tal vez nosotros no sepamos regir los pueblos con ellos, porque es difícil gobernar en épocas de libertad, como es fácil gobernar en tiempos de tiranía; pero los principios son buenos, y con ellos puede gobernarse el país.

Rectificando brevemente el Sr. Cánovas y el señor ministro de la Gobernación. Habiendo tomado parte en la discusión tres señores en pró y tres en contra, se declaró discutida la totalidad y se suspendió el debate.

Se leyeron dos enmiendas del Sr. Salazar y Mazarredo á los artículos 1.º y 8.º del proyecto de ley de elección de monarca, y una del Sr. Santiago al plan general de ferro-carriles.

Se dio cuenta de la comisión que ha de acompañar mañana el cadáver del Sr. Barreiro.

El Sr. PRESIDENTE. Orden del día para mañana: Dictamen y voto particular sobre la ley para el procedimiento de elección de monarca.

Se levanta la sesión.

Eran las ocho.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 7 DE JUNIO DE 1870.

JUNTA CENTRAL CATOLICO-MONARQUICA.

ORGANIZACIÓN.

Se ha recibido ayer el siguiente telegrama:

«Barcelona, 5.—Unceta, diputado.—Proclamada unánimemente Junta provincial carlista; numerosa concurrencia, grande entusiasmo; correo, detalles. —Secretario, Ateño, Torres.»

—Junta provincial católico-monarquica de Huelva.—Presidente, D. José María Redondo y Velez.—Vicepresidentes, D. José Bañón y Cepeda y D. Francisco Escobedo y Socials.—Vocales, D. José María León y Fraguera, D. Manuel Valladares y Ordoñez, D. José María Romero y Gante, D. Mariano de Ayala y Pinillos, D. Antonio Gonzalez y Dominguez, don Juan de la Corte Hernandez, D. Juan Santamaría y Morales, D. Gregorio Rojo y Delgado, D. Rafael Suarez y Muñoz.—Secretario, D. Miguel Font y Llopis.

Aprobada con el núm. 37.—Publicuese de orden del presidente.—El secretario, el conde de Ganga Argüelles.

EL DISCURSO DEL SR. CÁNOVAS.

Al fin habló el Sr. Cánovas: al fin dio gusto á La Epoca corroborando sus anuncios y acariciando condicionalmente la candidatura de D. Alfonso. Salimos del apuro; estamos ya al otro lado del peligro: el hombre que, del seno mismo de la revolución, se ha levantado para combatirla en muchos puntos, dijo ayer todo su pensamiento, absolutamente todo. Y por cierto, que de tal manera lo dijo, y con tales salvedades lo defendió, que si algún partido debe mostrar gratitud á las palabras del Sr. Cánovas, no es seguramente el moderado ó alfonsino, sino el carlista.

El Tiempo nos da hoy una prueba clara de lo que decimos. Manifestaste disgustado porque las declaraciones del Sr. Cánovas no fueron tan terminantes como era de esperar, y su defensa del príncipe D. Alfonso no pasó de los límites estrechos, según confesó el mismo orador, de las simpatías personales. Parece, en efecto que el Sr. Cánovas deseaba cumplir un compromiso de amistad dedicando cuatro palabras afectuosas al niño que vio nacer y que conoció en los salones del real palacio. Hablaba el amigo, no el hombre político, y se notaba evidentemente la lucha que tenía que sostener el amigo con el político, la que tenían que sostener las simpatías personales con el bien de la patria y la fuerza de la razón, que rechaza una minoridad fundada precisamente en el apoyo de fracciones

doctrinarias, que ni aun en la emigración pueden entenderse.

El Sr. Cánovas no levantó propiamente la bandera de D. Alfonso, y la razón es obvia: el príncipe Alfonso no tiene bandera, el príncipe Alfonso no representa nada. Algunos pocos, muy pocos partidarios suyos, creen en su legitimidad dinástica. Estos defienden algo. Pero la mayor parte y la más poderosa en el seno del partido alfonsino prescinde por completo de la cuestión de legitimidad, concediéndola sin trabajo á D. Carlos, y se fija, ó en las simpatías personales como el señor Cánovas, ó en el deseo de recobrar las perdidas ollas de Egipto por medio de la restauración del inhumano moderantismo.

¿Qué hizo ayer el Sr. Cánovas? Mostrar una vez más sus desengaños liberales. Combatir desde el punto de vista doctrinario á la revolución desenfrenada; sentar algunos buenos principios que de derecho nos pertenecen á nosotros, y decir verdades tan palmarias como estas: «Ois hablar de monarcas de acero; si, ese es el verdadero sentimiento del país; no debo negarlo; lo que se quiere es un monarca de acero, una fuerza que luche con la demagogia que todavía existe; que reponga los elementos conservadores en el lugar en que deben estar.»—Y más adelante: «el deseo de acabar cuanto antes la situación en que nos encontramos, ha llevado al seno del partido carlista, que parecía ya difunto, una parte del país aún del que era liberal poco tiempo há.» Y esta otra: «Conozco que no está en el interés del país proclamar la candidatura de una minoría.» Verdades todas que están grabadas en el corazón de todos los españoles sensatos. Si; hace falta un monarca de acero; hace falta una fuerza poderosa que luche no solamente contra la demagogia que fácilmente se aniquila, sino contra esos otros elementos revolucionarios que ya agitando la bandera de la libertad ya enmascarándose con la bandera del orden, hacen imposible una y otra idea adulterándolas ambas. Y como esa idea ó ese sentimiento está incrustado en el corazón de España no es maravilla que una parte del país, una buena y sana parte del país que era liberal poco tiempo há se haya desengañado, como lentamente se está desengañando el señor Cánovas, de los funestos errores del liberalismo, y haya ido á reforzar las compactas filas del partido carlista á cuya cabeza está ese monarca de acero en quien la patria cifra todas sus esperanzas. ¿Y á donde sinó habían de volver los ojos esas personas que sin compromisos de partido y con deseos del bien del país creen que sólo la unidad y la fortaleza monárquicas pueden librarnos de la ruina que nos amenaza y de la deshonra que ya no nos amenaza porque pesa ya sobre los hombros de esta nación sin ventura? ¿Los volverían hacia D. Alfonso de Borbon? ¿Conozco que no está en el interés del país proclamar la candidatura de una minoría.» Esto lo dice el Sr. Cánovas, y todo el mundo dice en este punto lo mismo que el señor Cánovas. Pero no tiene sólo el inconveniente de la minoridad el príncipe Alfonso. Este es un inconveniente que desaparece con el tiempo. Con ese príncipe van las fúestas tradiciones del partido que le rodea y le apoya y que han sido el jugo, la sustancia de la dinastía á que pertenece. Con ese príncipe no se restauran los principios tradicionales, porque los defensores de estas ideas tienen su rey que no ha abdicado jamás de la alta representación que Dios le ha dado; no se satisfacen las aspiraciones revolucionarias porque la revolución, que se hizo al grito de abajo los Borbones! quiere, cuando más, una monarquía transitoria, salida de la soberanía nacional, sin mezcla de derecho hereditario, y esa monarquía tiene su candidato propio y natural: el duque de Montpensier. ¿Qué es, pues, lo que trae al príncipe Alfonso? Ni siquiera todo el partido moderado, porque dentro de la revolución está el unionismo siendo el partido moderado: traiera ese grupo de hombres que se marchó con la dinastía de doña Isabel y un número muy escaso de los que, no queriendo compartir con su reina las amarguras de la emigración, permanecieron en España para tener el gusto de que el país no se libre, ni aun en situaciones radicales, de la lepra del polaquismo.

Todo esto lo comprende sin duda la clara inteligencia del Sr. Cánovas del Castillo, y por eso izó la bandera alfonsina á media asta, en señal de duelo, dice hoy El Imparcial; en señal de pura gratitud, pensamos nosotros, hacia la señora á quien sirvió siendo reina y al niño á quien acarició cuando se llamaba príncipe de Asturias. Por eso el Sr. Cánovas, separado de la unión liberal, no ha ido á unirse al partido moderado, con quien no quiere solidaridad ninguna, y á semejanza de La Epoca manifiesta sus simpatías personales hacia el príncipe; pero protestando de que aceptará y apoyará á cualquier rey que haga la felicidad del país. La conciencia le dice al Sr. Cánovas que ese rey no puede ser D. Alfonso. La razón debe decirle que ese rey es D. Carlos VII de Borbon y Austria.

Oiga el Sr. Cánovas la voz de su clara razón, la voz del país que pide un hombre, un monarca de acero, y piense que el deber de los personajes políticos no es solamente combatir lo malo, sino defender lo bueno y lo salvador, presentando soluciones concretas. El dice que apoyará á quien haga la felicidad del país; pero él debe averiguar quién es el que puede hacerla, y una vez averiguado, defenderla. Ya que conoce que D. Alfonso no es el llamado á acometer y rematar empresa tan gloriosa, busque de buena fé á quien tenga elementos y valor para llevarla á cabo; búsquelo con sinceridad de corazón, dando muestras de verdadero patriotismo, y es seguro que imitará á esa buena parte del país, que liberal poco tiempo há, defendiéndose como esperanza única de salvación al rey caballero, al rey cristiano, al rey español D. Carlos VII.

¿Por qué debemos ser carlistas? II. ¿Cuál es la expresión del clamor general, la síntesis de las necesidades del país? —Aquí falta un hombre! ¿Por qué se derrumba la situación? Porque no tiene un hombre que la encarrile, dominándola: un Cronwell ó un Napoleón. ¿Por qué el partido republicano, que tenía el juego en la mano, lo ha perdido y se ha hundido? Porque no tiene más que habladores ó blasfemos en su estado mayor. ¿Por qué la dinastía y el trono cayeron súbita y casi ridículamente sin lucha, sin esfuerzo, sin ruido siquiera? Porque no tenía un hombre. Si en Madrid hubiera existido un rey ó un príncipe próximo al trono, que hubiera montado á caballo y puesto al frente de las tropas hubiera sostenido la corona con la punta de su espada, ¿dónde hubieran escondido sus cabezas los héroes de Alcolea? Verdad es, que no hubiera habido caso.

Pues bien, ¿qué clase de hombre es ese que se necesita? La respuesta es de grande importancia; y se comprenderá mejor, si consideramos por qué no lo ha habido hasta ahora.

¿Por qué un Narvaez ó un O'Donnell no supieron evitar que se hiciese posible lo que está pasando? Ambos fueron hombres de energía, de prestigio, y reprimieron poderosamente el desorden material. Ciertamente, pero no supieron, ó no pudieron, cimentar el orden moral. Bajo Narvaez cundió el polaquismo que facilitó la revolución vicalvarista; bajo O'Donnell se desarrolló la segunda época de ateísmo político y corrupción administrativa, que abrió la puerta al republicanism, é hizo posible la catástrofe setembrina. ¿Qué faltaba, pues, á aquellos hombres?

Una cosa les faltaba, y esa falta producía una fatalidad, que volvería á surgir si volviésemos al mismo estado anterior.

Aquellos hombres no eran ellos el poder; tenían que ejercerlo, buscando el favor; para obtenerlo tenían que hacerse todo adulando, ó que imponerse asustando: de todo hubo.

Doña Isabel II, en quien creemos buen deseo y noble corazón, abrió los ojos entre la lucha de partidos, y jamás tuvo quien desinteresadamente guiara su inexperiencia juvenil, ni sostuviera su debilidad de mujer. Y si una Isabel I debió mucho al áspero, pero enérgico consorte, ¿qué no necesitaba su sucesora entre las tormentas revolucionarias? Si á su lado en el trono hubiese tenido otro Fernando, su suerte y la del país fueran otras. Pero rodeada de explotadores, primero se la utilizó, después se la vendió, y luego se la ultrajó.

A su sombra, el poder se disputaba, en la intriga y la corrupción á que grandemente se presta el sistema parlamentario.

En 35 años se han gastado lo menos tres mil millones cada uno, entre contribuciones, empréstitos, ventas de bienes, mal llamados nacionales, cortes de cuentas, etc., etc.

Y ¿qué tenemos en pago? Una Hacienda destruida; un país destruido; una administración corrompida; la unidad católica perdida; el caos en el Gobierno; trono sin rey; disolución social á la vista. Y no se olvide, esto no lo ha hecho la revolución; lo ha completado sí; pero el campo estaba ya dispuesto para ello.

Mañana que volviera doña Isabel ó su joven hijo, volveríamos á lo mismo; si surgía un Narvaez ó un O'Donnell, serían como los anteriores; combatido por rivales, acosado de intrigas, gastaría sus fuerzas en pelear por sí; no tendría, no podía tener la fuerza propia, sin la cual es absurdo creer que se puede reconstruir un país.

¿Por qué Luis Napoleón pudo salvar á Francia de la república socialista de 1848, y fundar el segundo imperio?

Porque obró por sí. Su apellido le dió la presidencia de la república. El instinto popular advino que allí había un hombre y le dió el poder con legitimidad relativa.

El lo supo usar; pero comprendió que era disputable como presidencia, y con audaz sigilo preparó y realizó el imperio, apoyándose en el elemento católico. La ocupación de Roma y derrota de la revolución en Italia le dió la corona de Francia.

Compárese su segunda época. Se aleja del elemento católico para lograr sus planes de predominio europeo; halaga á la revolución, la apadrina en Italia, etc. Y ¿qué le sucede? Se ve obligado á transigir con ella en casa y fuera. La Italia liberal le trae á Sadowa. El triunfo de Prusia le disgusta á Francia; quiere contentarla con parlamentarismo, y el imperio se bambolea, y el republicanism socialista amenaza hundirlo. ¿Qué contraste! ¿Y cuál es su causa? Haberse apartado de la política católica y coquetado con la revolución.

Para salvar su trono apela al plebiscito. Los grandes centros, trabajados por el liberalismo ateo, le dan uno y medio millones de votos. ¿Quién lo sostiene? ¿quién le da la fuerza de la opinión? La población rural, la católica, la que vota con los Curas. ¡Ojalá que por segunda vez no la olvide!

Pues eso es lo que necesitamos aquí: un hombre que sea el poder; un rey de veras; no una reina ni un rey niño, sino un rey soldado; un rey que sea el jefe de la fuerza pública personalmente, que pueda, apoyado en ella, tener á raya ambiciones y militarismo; un rey que no tenga que comprar votos corrompiendo la administración, y un rey que, firme en su trono, pueda pensar en consolidarlo en el amor y el respeto de un pueblo.

Ese rey no puede ser votado; entre nosotros no puede ser advenedizo; en el país no existe un genio que pudiera ser usurpador feliz, para fundar dinastía. ¿Dónde, pues, buscarlo? Ahí está. Don Carlos es legítimo heredero de una larga línea de

reyes, que cuenta grandes hombres; puede, pues, naturalmente ser rey legítimo de España.

Si subiese al trono, ¿podríamos creer que fuera el hombre que se necesita? Creemos que sí, y daremos nuestras razones.

A. L.

Rápida y desanimada ha sido la discusión de la totalidad del proyecto para la elección de rey. Ayer, sin embargo, habíase susurrado que el señor Cánovas del Castillo iba a levantar la bandera liberal-conservadora, y la curiosidad llevó al Congreso multitud de gente; porque estos levantamientos de banderas suelen ocasionar espectáculos parlamentarios. Además, el Sr. Cánovas del Castillo es buen orador; se le atribuye la gafa de un grupo de unionistas moderados, y todo ello contribuía a que el público y los diputados se dispusieran a escuchar atentamente su discurso.

Ya decimos en otro lugar lo que nos parece de esta peroración y de la actitud en que se colocó el Sr. Cánovas. La defensa de la interinidad y de la candidatura del príncipe D. Alfonso, son los puntos más importantes del discurso, y bastan por sí solos para apreciar las tendencias de los revolucionarios dinásticos.

Al Sr. Cánovas le parece que la revolución no puede conservarse si se elige ahora rey, porque cree que la nueva dinastía no tendría fuerza ordenadora para sacar a la sociedad de este caos; ni raíces en el país para resistir los embates enemigos: a impulso de las fuerzas reaccionarias, la dinastía fundada actualmente por las Cortes caería con todo el edificio revolucionario, sin que quedara rastro ni huella; para que permanecieran las consecuencias de la revolución y esta no se malogre, es preciso una dinastía fuerte y poderosa que arraigue en el país. Así juzga el Sr. Cánovas, y dice luego que sus simpatías personales están por el príncipe Alfonso, a quien no proclama para hoy, porque sería proclamar una minoría.

Tal nos parece el resumen de los razonamientos del Sr. Cánovas, expuestos sin esta hilación y dependencia en que aquí los colocamos. Porque es de notar que, en medio de todo, el Sr. Cánovas faltaba a la lógica y hacia como si quisiera ocultar a dónde iban a parar sus reflexiones. Combatía la interinidad actual como funesta para el país, y sin embargo, se declaraba partidario de ella; atacaba las leyes y los actos de la revolución, y no obstante, le daba pena la idea de que la reacción pudiese acabar con el régimen revolucionario, y aconsejaba, para evitarlo, que no se eligiese rey por una minoría de votos, como quiere la comisión.

¿Qué significa esto, juntamente con las declaraciones hechas en contra de un rey de menor edad, pero en pro del príncipe Alfonso? ¿Acaso significa que el Sr. Cánovas desea la continuación de la interinidad, hasta el día en que pueda venir el príncipe Alfonso a sostener y conservar esta revolución que se destruye?

Pudiera ser. Pero sus protestas en pro del príncipe Alfonso no fueron vehementes ni exclusivas. Le considera el más a propósito para lograr aquel objeto; pero si hay otro, que lo logre, si hubiera un rey que pudiera crear una situación estable y revolucionaria, el Sr. Cánovas le acataría y no se acordaría más del príncipe en quien hoy ve simbolizado hasta cierto punto el derecho, y hasta cierto punto simbolizada la revolución.

El Sr. Ríos Rosas, que contestó al Sr. Cánovas, dirigió principalmente sus esfuerzos a demostrar que es urgente elegir rey, que la interinidad es el peor de los males, que la elección debe hacerla la Cámara y no el pueblo, como recomendaba el Sr. Cánovas, y por último, que basta mayoría y no hace falta que sea muy considerable, para que el rey se sienta dignamente en el trono. En suma, el Sr. Ríos Rosas, oponiéndose al Sr. Cánovas, que quiere la prolongación de la interinidad para que luego sea rey el príncipe Alfonso, desea que termine la interinidad para que pueda ser rey un candidato por la mitad de la mitad de votos del número total de diputados. Quién sea este, no hay para qué decirlo. Los montpensieristas son los únicos capaces de sostener, aun desde el punto de vista revolucionario, que debe y puede haber rey por 90 votos en una Cámara de 360 diputados.

Tercio en el debate el Sr. Ríos Rosas para defender la revolución atacada por el Sr. Cánovas, y para decir que es imposible que reine otra vez la dinastía derrocada en Setiembre. El Sr. Ríos Rosas dice que contra don Isabel II el príncipe su hijo, en España se pelaría hasta morir; que palabras y otras de igual género eran acogidas con aplausos en la Cámara, así como fue recibido con rumores el simple dicho del Sr. Cánovas de que la dinastía caída tiene muchos partidarios; siendo de notar que un momento antes había afirmado, sin que nadie lo pusiese en duda ni nadie murmurara, que hay una gran corriente monárquica hacia el partido carlista, engrosado considerablemente aun con personas procedentes del liberalismo, ó sea liberales desengañados y arrepentidos.

El Sr. Ríos Rosas consideró a la monarquía como la causa de todos los males que ha habido en España de cuarenta años a esta parte: aunque no explicitamente, el Sr. Ríos Rosas había dicho cosa semejante, al referir los cambios, trastornos y revoluciones que han acaecido en ese mismo período, y hasta de lo que dijo el Sr. Cánovas, se deducen consecuencias del mismo género. En suma, la monarquía que ha habido en España hace 40 años, es cosa detestable y funesta para los mismos liberales: hace ya 40 años que España está trastornada, debilitándose más y más cada día; hace 40 años que no hay sosiego, ni prosperidad, ni orden: hace 40 años que estamos desgarrados por bandos y partidos ambiciosos; sujetos a generales turbulencias; hace 40 años que estamos mal en todo y por todo, ¿qué quiere decir esto? ¿No

ven aquí los hombres de buena voluntad una prueba evidente de que el liberalismo no puede producir bien alguno en los pueblos? ¿Cómo es posible que los que conocen los males ocasionados por la monarquía parlamentaria, quieran erigir una monarquía semejante a aquella?

No; fuera las monarquías de farsa. La salvación de España solo puede estar en los antiguos principios e instituciones, cuyo abandono nos ha traído al miserable estado en que nos encontramos. El Sr. Ríos Rosas pedía con urgencia un rey, para que los demócratas no eliminen a los progresistas, como estos han eliminado a los unionistas, y para que mañana los republicanos no eliminen a los demócratas y los socialistas no se sobrepongan a los republicanos, «porque esta es la lógica de las revoluciones, superior a las voluntades humanas.» Y esta lógica que se ha cumplido, como decía el señor Ríos Rosas, en el reinado de doña Isabel, en las épocas de lucha entre moderados y progresistas y unionistas, ¿no ha de cumplirse aunque venga un rey como el que quieren los revolucionarios? ¿Quién evitaría que se repitiesen durante la monarquía que establecieran estas Cortes, las conmociones y revueltas que hubo en el último reinado? «La lógica de las revoluciones es superior a las voluntades humanas;» si no queremos, pues, llegar al caos y a la destrucción social, demos la espalda a las doctrinas revolucionarias, y tengamos un rey; pero un rey que gobierne con los principios e instituciones que fueron en otro tiempo la felicidad de España.

El Sr. Cánovas dijo ayer que España recibió complacida la intervención de los franceses el año 23 para arrojar a los liberales del poder. El Sr. Ríos Rosas, aunque en vano, quiso negar este hecho. Pero este hecho revolucionario innegable, demuestra que España conceptuaba entonces más extranjeros a los liberales que a los franceses, y que la España de 1808 no detesta a los extranjeros sino en cuanto atacan la independencia nacional ó huelan la justicia.

Del año 23 al año 70 hemos adelantado mucho. Entonces fue necesario el concurso del vecino para echar a los liberales. Hoy los echaremos nosotros sin ayuda de vecino.

Casi nos dan ganas de gritar: ¡viva la España de 1870!

Pero nos detiene la consideración de que aún manda Prim, y aún es regente Serrano.

El Sr. Cánovas cree que la monarquía doctrinaria, la que nace del voto de las Asambleas, es la más endeble y transitoria.

Así nació la monarquía de doña Isabel II, en oposición a la monarquía tradicional. Y la caída de doña Isabel II prueba la verdad enunciada por el Sr. Cánovas.

Pero ahora se nos ocurre preguntar: ¿de dónde sino del voto de una Asamblea puede salir el príncipe D. Alfonso?

El Sr. Cánovas rechazó la guerra civil. Luego por este medio no quiere que venga el hijo de Doña Isabel de Borbon. ¿Viene parlamentariamente? Pues el Sr. Cánovas lo dice. La monarquía doctrinaria que traería D. Alfonso sería endeble y transitoria.

Critica y molesta es la posición en que se ha quedado el Sr. Cánovas por su discurso de ayer. Los moderados le rechazan porque no proclamó la legitimidad de D. Alfonso, y se contentó con hablar de simpatías personales.

Los unionistas le zahieren porque se separó de ellos, atacó indirectamente a Montpensier, y mostró simpatías hacia D. Alfonso.

Los partidos avanzados le combaten por reaccionario. Y nosotros le censuramos por doctrinario y alfonso.

Esperamos, sin embargo, que *La Epoca* de esta noche consolará al Sr. Cánovas poniéndole en las nubes, casi al lado del Júpiter mirafloresco.

No envidiamos al Sr. Cánovas.

Leemos en *El Tiempo*:

«En una carta de Filadelfia que publica el *Times* de Londres de 3 del actual, se habla de ciertos manejos que no queremos creer, pero cuya sola enunciación demuestra la idea que se tiene de nuestros gobernantes.

«Según ella, se han abierto negociaciones entre agentes de nuestro Gobierno, de los Estados Unidos, de los rebeldes de Cuba y de las autoridades de la misma, para una venta indirecta de aquella isla, por medio de un empréstito de 425 millones de duros, que se haría al Gobierno español en Inglaterra, bajo la garantía de los Estados Unidos, obteniendo los cubanos derecho a elegir su nacionalidad.»

La gravedad de la noticia contenida en las anteriores líneas es tal, que bien merece que los periódicos ministeriales nos digan algo acerca de ella. Esperábamos ya que hoy hubieran hablado del asunto, porque lugar han tenido para ello, siendo *El Tiempo* diario de la noche, pero nos hemos llevado chasco.

Hablen, pues, esos diarios, y hable el Gobierno, porque el caso lo requiere. Téngase en cuenta que es grande y justa al mismo tiempo la susceptibilidad de los españoles residentes en Cuba, y no es menor la que ha creado en la Península respecto al porvenir de aquella isla el lenguaje de ciertos diarios afectos a los prohombres de la revolución de Setiembre.

Dijo *La Epoca* que en el último Consejo que celebraron los ministros, se dejaron ver ciertas desavenencias entre los individuos del Gabinete; el mismo periódico dijo también que el Sr. Ruiz Zorrilla había manifestado deseos de dejar el puesto de presidente de las Cortes; y por último, también era de *La Epoca* la noticia de que el Sr. Martos era el candidato del Gobierno para la presidencia

del Consejo de Estado. Pero en honor de la verdad, todas estas noticias fueron acogidas sin gran crédito. Las desavenencias de que hablaba *La Epoca*, no habían producido el rumor de crisis que tan fácilmente suele inventarse y propagarse.

Más hé aquí que precisamente *El Imparcial*, único periódico ministerial, según creemos, que desmintió las noticias relativas al último Consejo de ministros publicadas por *La Epoca*, se desculga hoy con el siguiente sueldo que por su importancia merece ser reproducido íntegramente:

«En el salón de conferencias del Congreso, dice *El Imparcial*, oímos hace ya dos ó tres días la palabra crisis; pero no considerándola probable, omitimos poner en conocimiento de nuestros lectores lo que creímos rumor destituido de fundamento. Después de la sesión de ayer tarde ese rumor circuló con más insistencia, y procuramos investigar su origen. Es lo cierto, que la inmensa mayoría, la casi unanimidad de los diputados progresista-democráticos, al conocer el pensamiento de nombrar para la presidencia del Consejo de Estado al Sr. Ríos Rosas, manifestaron deseos de que el Sr. Ruiz Zorrilla se encargara del ministerio de la Gobernación, donde hace falta en el difícil período de una larga suspensión de la Asamblea todo el vigor, la actividad y la resolución que ha demostrado el presidente de las Cortes, lo que ha demostrado el ministro de Fomento que en el de Gracia y Justicia, en los cuales ha impreso el espíritu eminentemente revolucionario que no ha sido desgraciadamente secundado en todos los departamentos ministeriales.

El Sr. Ruiz Zorrilla se ha negado una y cien veces a escuchar tales indicaciones; pero consideramos probable que estas tomen otro carácter, en cuyo caso sería imperdonable en el Sr. Ruiz Zorrilla que las desatendiera, porque antes que toda conveniencia personal está la causa de la revolución de Setiembre, y para velar por su defensa en los peligros que quizá se avecinan, es imprescindible en el ministerio de la Gobernación constante vigilancia, actividad y energía.

Si el Sr. Ríos Rosas, como todo parece indicarlo, la dirección de la política interior, donde tantos servicios está prestando a la causa del orden y de la libertad, para ocupar un puesto no menos importante, pero más pasivo, y que tanto se adapta a la índole de sus estudios, creemos en efecto que no era posible pensar en un hombre político de más significación y de condiciones más acrisoladas que el actual dignísimo presidente de las Cortes.

De suerte, que hay crisis ministerial, y crisis de alguna importancia, pues se trata nada menos que de la salida de uno de los hombres más influyentes en el Gabinete, y empiezan ya las diferentes fracciones a poner en juego las habilidades de costumbre para hacer que suceda al ministro saliente el que es más de su agrado.

A *El Imparcial* el que más lo agrada es el señor Ruiz Zorrilla. «Cosa singular! No ha encontrado *El Imparcial* entre los cimbríos quien pueda suceder al Sr. Ríos Rosas? ¿Cómo ha puesto los ojos en el Sr. Ruiz Zorrilla, que es progresista? ¿Espera, por ventura, *El Imparcial* que ocupe la presidencia de las Cortes su íntimo amigo el señor Martos?

¡Val Entendido, entendido.

Prescindiendo ya de las simpatías ó intereses de *El Imparcial*, ¿qué puede significar en estas circunstancias la salida del Sr. Ríos Rosas del Gabinete?

Dice el órgano de los cimbríos que se indica al Sr. Ríos Rosas para la presidencia del Consejo de Estado, «en la creencia, muy generalizada, de que el estado de su salud no le permite continuar al frente de ese importante departamento durante la suspensión de las sesiones de la Asamblea.» De suerte, que a juzgar por lo que dice *El Imparcial*, lo que se busca es un ministro de salud robusta y de carácter enérgico, para lo que ocurra durante la suspensión de las sesiones de Cortes.

Pues no es nada las cuestiones que prejuzga *El Imparcial*. Entre otras cosas da por supuesto este diario que las sesiones de Cortes han de suspenderse sin haberse resuelto nada acerca de la interinidad. Pero, ¿y la reunión que ha de celebrarse del 7 al 9 por iniciativa del mismo general Prim? ¿Tanta seguridad tiene *El Imparcial* de que en esa reunión se decretará la prolongación del statu quo?

Sea así, pero desde luego anunciamos a *El Imparcial* que se lleva gran chasco si cree que la salida del Sr. Ríos Rosas y su reemplazo por el señor Ruiz Zorrilla ha de tener influencia alguna en la política revolucionaria. La revolución está completamente desacreditada a los ojos de los más ilusos y en el estado en que se encuentran los partidos revolucionarios no hay quien la salve por robusto y enérgico que sea.

Decía anoche un periódico, que habían corrido «sordos rumores, que se condensaron más por la tarde, relativos a graves sucesos enlazados con la marcha del duque de Montpensier a Sevilla, que se anuncia como muy próxima.»

El Imparcial reproduce la precedente noticia en un sueldo de fondo, y en otro trata de relacionarla con esta frase de un diario unionista: «El nudo de la situación no se desata ya, sino que se corta.»

Intencionadillo está *El Imparcial* sentando premisas para que el público saque consecuencias tan alarmantes; pero lo grave del caso es, que lo que dice *El Imparcial* tiene tal aspecto de verosimilitud, que ya... ya...

Pero estamos aún muy a principios de Junio.

Según dice *La Epoca*, asegura el general Prim a todo el que quiere oírle, que no teme trastorno alguno en el presente verano, y que podrá ir muy tranquilo a tomar las aguas de Vichy, mientras el regente disfruta de la agradable temperatura de la Granja.

Sin embargo, en tiempos revolucionarios, y sobre todo en verano, en el cielo más sereno suele formarse una tormenta.

Pues señor, resolvíase la cuestión que en estos momentos embarga los ánimos revolucionarios. Según declaran algunos periódicos, el sábado, y con la fórmula de «en nombre de Dios y de la patria», fué

proclamado rey de España en Villarrobledo el general Espartero. Respiramos, es decir, respiren los esparteristas.

La Libertad de Cádiz dice que, según le escriben de la Sierra, han estado recorriéndola, estos últimos días D. Fermín Salvochea, el Cura Romero y dos individuos más.

Dice un periódico que durante todo el día, han corrido ayer sordos rumores, que se condensaron más por la tarde, relativos a graves sucesos, enlazados con la marcha del duque de Montpensier a Sevilla, que se anuncia como muy próxima.

De una carta de París que publica *El Tiempo* tomamos lo siguiente:

«Los periódicos grandes y pequeños, ilustraciones, revistas y demás, están cubiertos de anuncios y reclamos sobre el canal de las Cinco Villas de Aragón, cuya sociedad ha abierto una suscripción en Francia para emitir 66,000 obligaciones de 500 francos cada una. El alma de este negocio parece ser el Sr. Milans del Bosch. No sabemos si la compañía logrará colocar las 66,000 obligaciones, pero los inteligentes en materias de publicidad calculan que no bajará de cuatro millones de reales lo que ha costado la grande publicidad que se ha dado a esta operación de crédito.»

Un periódico dice que el Sr. Milans del Bosch ha salido precipitadamente de París, llamado por el general Prim.

Coincidiendo con lo que el sábado dijo el Sr. Figueroa en el Congreso, de que la mayor parte de los peritos tasadores debían estar en presidio, algunos periódicos de provincias dan noticias de abusos en las subastas.

«Los compradores de buena fe, dice *El Telégrafo* de Barcelona, escarmentados con lo que allí sucede, se retraen de concurrir a las subastas, y personas que, por una parte no tienen bienes ni caudales conocidos, y por otra viven pobremente, rematan un día tras otro fincos que vienen las quiebras; y como los rematantes no tienen donde caerse muertos ni los testigos de abono dan razón de su paradero, el Estado se perjudica con la tardanza, teniendo que repetirse las subastas con la rebaja de los tipos que antes habían alcanzado.»

Creemos que este mal es añejo en España, y con él pudieran explicarse tal vez muchas fortunas improvisadas de treinta años a esta parte.

La Correspondencia de España da cuenta de la llegada a esta capital de varios diputados. Entre ellos se cuenta nuestro amigo el Sr. Manterola.

Según un diario noticiero, al contralmirante señor Malcampo, hoy comandante general del apostadero de la Habana, que tomó una parte muy directa en la revolución de Setiembre, se le ha concedido la gran cruz del mérito militar por sus servicios durante la insurrección cubana.

La Gaceta de hoy no contiene ninguna disposición de interés general.

Dice un periódico que el Sr. Tópete hará grandes revelaciones en el Congreso, cuando exponga el general Prim el resultado de las gestiones practicadas para hacerse con un monarca.

Poor es menecallo.

El domingo 12 del actual, a las cinco de la tarde, se verificó otra manifestación anti-montpensierista, la cual partió de la plaza de Oriente, y se disolvió en la de la Independencia.

«La manifestación que a la cabeza de nuestro número anunciamos que el domingo próximo, dice *El Imparcial* a propósito de este anuncio, ha sido acordada en una reunión a que asistieron personas notables de todos los partidos revolucionarios. Por eso no debe extrañar a nadie que la invitación vaya firmada por el jurista y escritor progresista Sr. Mathet, por el diputado republicano Sr. Blanc y por el Sr. Soriano Asoro, concejal monárquico del ayuntamiento y comandante de uno de los batallones de voluntarios.»

Dice *El Norte de Castilla* de Valladolid que el domingo y ayer lunes tenían tomadas las autoridades civiles y militares cuantas disposiciones correspondían a desbaratar toda intencionalidad, si como se decía, estallaba en la romería del Carmen, ó dentro de la población, a la salida del primer tren de la noche.

«Llamó la atención, añade, que el tren de la mañana del domingo dejara en Valladolid tanta gente, la cual parece se componía de sólo hombres procedentes del Mediodía y Oeste de ambas Castillas.»

Por último no se turbó el orden.

A las nueve de la noche de hoy se reunieron en el Senado los diputados anti-interinistas.

Insiste el órgano de los cimbríos en que no concurrirán a esta conferencia el presidente de las Cortes y los ministros, ni los individuos que constituyen la junta directiva de su partido. Contando con que no faltará ningún montpensierista, ni los firmantes del anuncio, espera que se reúnan ochenta anti-interinistas y unos cuantos curiosos.

Dice un periódico, que por los nuevos tratados celebrados por nuestro representante en Lisboa, señor Fernández de los Ríos, y el Gobierno portugués, los partes telegráficos entre las dos naciones costarán cuatro reales en España y doscientos reis en Portugal.

El giro mutuo parece que será recíproco entre las administraciones de rentas y de Hacienda de ambos países, pudiéndose girar libramientos de toda clase.

«Parece que hoy a las diez de la mañana se celebra el consejo de guerra para fallar la causa seguida al capitán de caballería D. Ubaldo Romero Quiñones, por el discurso que pronunció en una manifestación de los obreros.

El Sr. Quiñones es el alumno del cuerpo de Estado mayor que tomó una parte tan activa en los sucesos de 22 de Junio de 1866 al lado de los Sres. Castelar, Sagasta, Ruiz Zorrilla y Carlos Rubio, y por cuya sublevación fué condenado a muerte.

Según *El Imparcial*, el Gobierno votará contra el dictamen particular del Sr. Rojo Arias, ó sea en favor del dictamen de la mayoría sobre el proyecto de ley para la elección de monarca; pero considera esta cuestión, como constitucional, completamente

libre, y deja que todos los diputados, e incluso los empleados, voten como estimen conveniente.

Añade dicho periódico, que si se perdiera la votación que ha de recaer sobre este dictamen, quizás se presentará a las Cortes una proposición pidiendo que se declare excluidos del trono, de España a los Borbones de la dinastía caída y al duque de Montpensier.

En la sesión del Congreso celebrada ayer llegó un periódico a contar dentro del salón 236 diputados, número que no se ha reunido hace mucho tiempo.

El resumen relativo a la dotación del culto y Clero y demás obligaciones eclesiásticas, tal como resulta con arreglo a la ley últimamente presentada a la Cámara, dice así:

RESUMEN DEL PRESUPUESTO DE OBLIGACIONES ECLESIASTICAS.

Presupuesto permanente.

	Pesetas.
Cap. 1.º Nuncio de Su Santidad en España.....	30 000
2.º Personal del tribunal de la Rota.....	69 500
3.º Material de idem.....	5 000
4.º Instituto de las Hijas de la Caridad.....	49 100
5.º Personal de gastos reproductivos de Cruzada.....	11 000
6.º Material de idem.....	75 150-50
7.º Clero episcopal.....	600 000
8.º Cabildos catedrales.....	4 377 000
9.º Beneficiados catedrales.....	516 000
10. Culto catedral.....	500 000
11. Gastos de administración diocesana.....	420 000
12. Pension a seminarios conciliares.....	210 000
13. Personal del Clero parroquial.....	17 336 499
14. Material del culto parroquial.....	7 532 605
15. Personal de los conventos de religiosas que han de subsistir.....	352 300-25
16. Material de idem.....	431 620
	28 665.803-73

Presupuesto transitorio.

	Pesetas.
Cap. 1.º Pension a ministros jubilados.....	10.988-50
2.º Pension alimenticia a religiosas profesas con anterioridad a la ley de 29 de Julio de 1839.....	1.245.141-75
3.º Pension a religiosas de oficio, profesas con posterioridad al Concordato de 1851.....	254 100
4.º Pension a Capellanes excedentes en las catedrales.....	4 676
5.º Pension congrua a Prebendados y Beneficiados de colegiatas suprimidas.....	327 604
6.º Pension congrua a Beneficiados parroquiales, Tenientes y Coadjutores.....	3 308.975
	5.434.450-25

Todo esto es imaginario, porque no se paga.

Parece que anteanoche recibió el Gobierno noticias de Cuba favorables como siempre a las armas españolas y a las condiciones de la insurrección. Dos cañoneras de la escuadra habían atacado en Punta Brava una posición de los insurrectos, apoderándose una lancha de vapor, balsas y un cargamento completo de armas y municiones. En la refriega se les habían causado diez muertos y tres heridos.

Se habían presentado 600 insurrectos a las autoridades españolas.

El brigadier Chinchilla seguía muy aliviado de sus heridas.

Según dice un periódico, se asegura que el señor D. Gaspar Rodríguez presentará una enmienda modificando el articulo del proyecto de ferro-carriles, hasta el punto de destruir completamente el dictamen de la comisión.

Créese probable la presentación de una enmienda al proyecto de ley para elegir monarca, pidiendo que si las actuales Cortes se declaran en la imposibilidad de elegir rey, se consideren en el acto disueltas, procediendo a la elección de otras nuevas que atiendan a tan indispensable necesidad.

Según dice *La Epoca*, no quiso anteaer ausentarse de Madrid el señor ministro de la Guerra, y por esta causa no tuvo lugar el ensayo de armas en la dehesa de los Carabanchales.

Parece que el Sr. D. Pedro d'Acosta, nombrado ministro plenipotenciario de Portugal en Madrid, llegó el sábado a esta capital, viniendo de San Petersburgo, y el mismo día continuó su viaje para Lisboa, llamado por el duque de Saldanha.

A las nueve de la noche del 4.º del corriente, el alcalde de Puebla Ternes, provincia de Castellón, convocó a la junta católico-monárquica, manifestando a los individuos que la forman que quedaba disuelta, y advirtiéndoles que durante el improrrogable término de cinco días, pagarán la capitación.

¿Qué les parece a Vds. de este alcalde?

Pero es el caso, que el presidente de la junta le pidió que se lo mandara por oficio, y... sin duda no sabe el alcalde leer y escribir.

Y a los alcaldes que no saben leer, señor ministro de Fomento, ¿quién les enseña la constitución democrática, si bien sea para faltar a ella?

Dice *La Epoca*, que tendría el gusto de saber cuándo se va a publicar sancionada la ley de organización provincial y municipal, y cuándo se va a proceder a la elección de ayuntamientos y diputaciones, pues estas últimas, sobre todo, se hallan en una situación tan anómala, que bien habrían menester otro bill de indemnidad como el concedido a los ayuntamientos.

Pues si lo ha menester se le dará. ¿Cuándo se ha visto que la revolución se pare en estas pequeñeces?

La diputación provincial de Sevilla, nombrada en Octubre por el capitán general, según *La Epoca*, ha acordado por seis votos contra dos, elevar una exposición a las Cortes pidiéndoles nombren rey al duque de Montpensier.

No reproduciremos, añade, los incidentes que se refieren con motivo de este suceso, porque no nos constan oficialmente.

Pues es lástima que guarde este silencio *La Epoca*, porque cuanto se refiera a la candidatura del duque de Montpensier, es curioso.

Dice un periódico que generalmente se ha creído que la manifestación de anteaer tenía el carácter de un acto de desagravios en obsequio del general Espartero, al ver que en la convocatoria para dicha manifestación se evocaba la fecha del 7 de Octubre, firmando al pie el general Contreras, uno de los que en dicha época se sublevaron en Pamplona al lado

del general O'Donnell contra el entonces regente del reino.

Según vemos en *La Regeneración*, en todas las vicarías eclesiásticas se nota gran aglomeración de asuntos matrimoniales, pues son muchas las personas que quieren casarse antes que se establezca el matrimonio civil.

La popularidad de esta institución no puede ser más grande. Así se demuestran los sentimientos del pueblo, que la revolución hiere desatentadamente.

Una de las infinitas fañañas cometidas con motivo de las pasadas elecciones, parece que ha tenido lugar en Fuenlabrada de Madrid.

Los carlistas pidieron las cédulas a quien correspondía; pero como los que mandan son liberales y partidarios del sufragio universal por añadidura, tuvieron a bien no acceder a aquella petición, y a pesar de las instancias de estos no se las entregaron.

Así y todo, los candidatos ministeriales a veces no pueden evitar la derrota.

La Regeneración dirige esta pregunta a *La Iberia*: «¿Sabrá decirnos este periódico si el señor Cura párroco de Loeches, D. Mariano Cubillo, es también un cabecilla de insurrección que se arregnan al manto? Lo preguntamos, porque si es un digno y celoso sacerdote no le ha librado, según noticias, de la furia liberalista».

Los revolucionarios pueden entregarse a mansalva a estos excesos, que en vez de ser castigados son, por lo común, recompensados.

Según dice *La Correspondencia* el embajador francés que asistía a la sesión de ayer tarde en la tribuna durante el discurso del Sr. Cánovas, se retiró tan luego como este cesó en el uso de la palabra, y añade que se han dado noticias telegráficas al Gobierno francés de las declaraciones hechas por el referido Sr. Cánovas.

Según *La Correspondencia*, ayer se dirigió a los diputados monárquicos una citación recordatoria, anunciándoles que hoy a las nueve de la noche tendrá lugar en el Senado la reunión iniciada por el general Izquierdo.

Parece que anteaer llegaron a la casa de Meneda 16 millones de reales en barras de oro, procedentes de París.

Tocará alguna partícula de ellos a las desdichadas clases pasivas, suponiendo, como es de creer, que vengán destinados al Gobierno?

Escriben de Madrid al *Diario de Barcelona*, que se espera de un momento a otro que el Gobierno dé un indulto a los republicanos comprometidos en los sucesos de Octubre, a fin de que puedan volver a la Cámara los diputados procesados.

Hemos recibido el primer número de *La Boina*, nuevo periódico carlista que ha empezado a ver la luz en Sevilla. Con este son dos los periódicos que en aquella importante ciudad defienden nuestras salvadoras doctrinas. Esto, no obstante, los diarios revolucionarios, incluso los moderados, continuarán echando tierra sobre el cadáver del carlismo.

Leemos en *El Comercio de Cádiz*:

«Seis mensualidades se adeudan ya a las clases pasivas en esta provincia y no hay esperanza de que por ahora reciban ninguna».

«Es para esto para lo que el Sr. Figuerola está consumiendo los recursos de las generaciones venideras, en empréstitos ruinosos que legán una deuda enorme al porvenir?»

«Es para esto para lo que se hizo la gloriosa revolución de Setiembre?»

«¿Qué escándalo! Y mientras tanto, las clases todas se hallan pagadas al día en Madrid!»

Esa es la igualdad y la justicia de la revolución.

Del Clero nada hay que decir. Nuestros lectores saben que en Cádiz han llegado las cosas al extremo de tener que sostener de limosna el culto divino. ¿Qué vergüenza!

Hé aquí la circular que el duque de Saldanha ha dirigido a los representantes de Portugal en las naciones extranjeras, explicando los últimos acontecimientos y exponiendo la conducta que el nuevo ministerio se propone seguir en el poder:

«El proceder anti-constitucional y violento de la administración pasada había producido general descontento e inquietud en todo el reino».

Cualquiera circunstancia inesperada, aun de pequeña monta, podía producir una conflagración general cuyas circunstancias nadie podía prever, y no se hubiera limitado a un simple cambio de Gabinete.

Tuve la honra de exponer a nuestro augusto soberano repetidas veces los inconvenientes de conservar aquel ministerio, tanto para los intereses públicos como para las mismas instituciones. Lleve mi franqueza hasta el punto de manifestarle que era inminente una revolución en el país si continuaba tal estado de administración tan odiada, y que tal vez no tardaría a producir sus consecuencias como lo hizo en 1864.

Añadí que no era la ambición del poder la causa que me impulsaba a aconsejar en tales términos a S. M., porque once veces una de ellas durante su reinado—había rehusado ser jefe de distintas administraciones—y hoy estaba dispuesto a prestar franco y leal apoyo a cualquier ministerio que evitara la revolución.

Respondióme S. M. con su acostumbrada benevolencia, alegando las razones en que se fundaba para no tomar en cuenta mis consejos, razones que me abstengo ahora de desenvolver, pero que revelaban, como siempre, su inquebrantable amor al país.

En la mañana del 18 del corriente expuse de nuevo a S. M. la situación mucho más grave en que nos encontramos y la inminencia de una revolución próxima a estallar, suplicándole de nuevo que sustituyese el ministerio con otro cualquiera. El rey accedió lo que tantas veces me tenía dicho, y entonces resolví exponer mi vida y hasta mi reputación para salvar al país de los males que le amenazaban.

Desde palacio me dirigí a mi casa, y a las tres de la madrugada los regimientos segundo de lanceros, tercero de artillería, quinto de cazadores y primero y sétimo de infantería de línea se extendían en el llano de la Ajuda, al mismo tiempo que gran número de paisanos ocupaban el castillo de San Jorge, del que se posesionaron a las siete de la mañana, sin que ningún grupo apareciese en las calles de Lisboa. La ciudad continuó entregada a sus ocupaciones habituales, sin que sus habitantes sufrieran otra molestia que la que podía resultar de las salvas de artillería con que los paisanos, dueños del castillo, celebraban nuestro triunfo.

La noticia del cambio de ministerio fué recibida en todas partes con las mayores muestras de alegría. Las tropas repartidas en las provincias del Norte regresaron a sus respectivos acantonamientos. Reina el orden más completo en todas las provincias, y dando humildemente gracias a la Divina Providencia, tengo la íntima convicción de haber evitado la guerra civil, que estaba a punto de estallar, y de haber contribuido una vez más en el último tercio de mi vida a consolidar el trono del señor don Luis I y su dinastía, las instituciones que siempre he defendido, y la autonomía e independencia nacional que una guerra civil pondría en peligro.

El mismo día 19 fui a palacio, y tuve la honra de decir al rey: «Señor V. M. me dispuso esta mañana la señalada honra de encargarme de la formación del ministerio; pero entonces las inmediaciones del palacio de la Ajuda estaban llenas de soldados; ahora que están desfilados, vengo a renunciar en manos de V. M. aquel encargo, y suplicarle que se digne encargar a otra persona de la formación del Gabinete, asegurando a V. M. que la única condición que exijo para dar a la nueva administración mi sincero apoyo, es que los nuevos ministros no sean enemigos de mis amigos. S. M. se dignó decirme de la manera más graciosa, que repetía lo que me había manifestado por la mañana».

En el principio de esta comunicación acusó a la administración pasada de anti-constitucional y violenta. No acostumbro a lanzar acusaciones sin pruebas, y aunque podría aducir muchas, me limitaré a presentar dos.

Por el art. 71 de la Carta constitucional tiene el poder moderador facultad para disolver la Cámara cuando lo exija el bien del Estado. El día 2 de Junio último abrió el rey el Parlamento, y en el discurso del trono se encuentran los siguientes párrafos: «Solemnemente es siempre el momento en que se reúnen los mandatarios legítimos de la nación, y siempre con nueva satisfacción os saludo al ejercer uno de los actos más importantes como monarca constitucional».

«Al desempeño de la árdua, pero noble y elevada misión que hoy os incumbe, aplicareis todos vuestros cuidados, ilustración, esfuerzos y conciencia, teniendo por seguro que, con el divino auxilio, comprendereis a lo que de vosotros espera la patria, para honra de ella y utilidad y gloria del nombre portugués».

Pasados 48 días sin la menor causa o motivo que pudiese justificar que el bien del país lo exigiera y sin que la Cámara hubiese presentado siquiera el menor síntoma de oposición al Gobierno, este decretó su disolución. La sangre corrió luego en diferentes puntos. En la iglesia de Machico, sabiendo los electores que la urna iba a ser robada durante la noche, establecieron una guardia, invitando también a los electores ministeriales. Nada más inocente; pero se les arrojó a tiros del local, causándose varios muertos y heridos y profanándose el templo del Señor.

Repetido que muchos hechos podrían aducir para demostrar que la administración anterior ha sido inconstitucional y violenta. Religión, justicia, moralidad, trono, independencia nacional, economías y libertades, son las siete palabras que encierran el programa del ministerio que se acaba de constituir.

Compléteme, finalmente, manifestar que el nuevo Gabinete mirará con especial solicitud la organización de la Hacienda pública. Como primera base de su mejoramiento, el Gobierno mantendrá en toda su integridad los compromisos contraídos por sus antecesores, cubriendo religiosamente las obligaciones del Estado, y tratando con la mayor lealtad a cuantos auxilian con sus capitales al Tesoro portugués.

La mejora de la Hacienda pública ha de conseguirse por medio de reformas económicas bien pensadas, y sobre todo, por el aumento de los ingresos, y en ambas cosas va a ocuparse seriamente el Gabinete.

El ministerio que presido tiene la confianza pública, y todos reconocen la necesidad de una situación fuerte para vencer las dificultades del Tesoro. El perfecto sosiego que reina en el país, y que ciertamente no será alterado, es además una garantía de que el Gobierno no encontrará grandes resistencias en la ejecución de su plan.

Enterado ya V. S. de los motivos que dieron lugar a los acontecimientos del día 19, y del programa del Gobierno, convendrá que por todos los medios que estén a su alcance, procure informar sobre este asunto, tanto a ese Gobierno, como a las personas influyentes de ese país.

Dios guarde a V. S.—Secretaría de Estado de los Negocios extranjeros, 30 de Mayo de 1870.—Duque de Saldanha.

Escriben de París a un periódico madrileño lo que sigue:

«Entre los cubanos corre la noticia de que ha salido una comisión de la Habana a encontrarse con el Sr. Merelo. El objeto de esta comisión es el de manifestar al general que no desembarque en Cuba para no dar el escándalo de tenerse que reembarcar en el mismo buque expulsado por la opinión pública. Creen estos señores cubanos que esta expulsión sea una cosa muy natural, y dan por razón que hace seis años el Sr. Merelo era un simple comandante del resguardo en la aduana de Santiago, en cuya ciudad se casó con la señorita Bueno, hermana de doña Irene Bueno de Badel, que ha sido tesorera de la Junta revolucionaria cubana en Nueva-York. Este salto mortal, como diría Prim en su lenguaje pintoresco, de simple comandante del resguardo de la Aduana, a comandante general del departamento oriental, les parece un escándalo. Y si en España pasan desapercibidas estas transformaciones y no conmueven, los españoles residentes en Cuba tienen la epidermis más delicada y otros sentimientos más elevados».

En 1856, dice un periódico, cuando en España apenas había ferro-carriles, figuraba en el presupuesto del ministerio de la Guerra, en el renglon de transportes, postas y correos militares para la atención de estos servicios la cantidad de un millón de reales.

En la actualidad, que se encuentran muchos más medios, figura en la sección cuarta, cap. 23, artículo único, para estos mismos servicios, la suma de cuatro millones de reales.

Así son las economías revolucionarias.

PARTE EXTRANJERA.

TELEGRAMAS.

(De la Agencia Havas-Bullier.)

LISBOA. 6.—El ministro de la Gobernación (Reino) ha dirigido una circular a los gobernadores de provincia ofreciendo reformas en la Cámara de los pares, la libertad de enseñanza, el derecho de reunión y de asociación y grandes economías en el presupuesto de gastos.

La legislación se pondrá en armonía con los nuevos derechos concedidos a los ciudadanos.

CONSTANTINOPOL. 6.—Ayer en el barrio más rico de Pera ha habido un terrible incendio.

La embajada de Inglaterra, el consulado de Portugal y muchos miles de casas han sido completamente destruidas.

Hay que lamentar la muerte de muchas personas. A consecuencia de esta catástrofe.

El número de heridos es grande.

Las pérdidas son incalculables.

PARIS. 6.—A primera hora se cotizan en la Bolsa:

3 por 100 inferior español, a 27 1/8.

3 por 100 exterior id., 1867, a 32.

3 por 100 id. id., 1869, a 31 1/4.

3 por 100 francés, a 74-45.

Credito mobiliario, a 470.

NOTICIAS GENERALES.

Hé aquí las materias que contiene el último número de la revista hispano-americana *Altar y Trono*: La Moral independiente (artículo III); por D. Justo Barbagero.—El progreso por el orgullo en la sociedad contemporánea, por D. Manuel Pérez Villamil.—De la Inquisición en sus relaciones con la civilización española: la vida intelectual de España y la Inquisición (artículo V); por D. Francisco Navarro Villoslada.—Crónica del Concilio.—Revista de la semana.—Crónica general del mundo.—Parte oficial de la Gaceta.—Proyecto de ley para la elección de rey.—Proyecto de ley relativo a la esclavitud.—Sueltos.—Anuncios.—Además, con el presente número se reparte el pliego 11 (16 páginas) de la obra original de D. Valentín Gómez, titulada *Los Liberales sin máscara*.

Empezan a recibirse noticias detalladas del choque acaecido en Murg, estación del camino de hierro de Baden. La locomotora que seguía de cerca al tren mixto, víctima del accidente, no se detuvo, a pesar de estar hechas las señales de costumbre, y embistió con el tren detenido en la estación; de pronto, una espesa nube de humo y de polvo cubrió todo el espacio, y así que se desdizo, la triste realidad se presentó en toda su horrible desnudez.

Más de 60 viajeros luchaban por salir de debajo de los fragmentos de tres wagones que habían sido literalmente despedazados. El número de muertos asciende a siete, y el de heridos pasa de 30; entre estos hay algunos horriblemente mutilados. El conductor de la máquina, que causó estas desgracias, se vió expuesto a pagar muy cara su inconcebible negligencia.

Dice un diario noticiero que anteaer por la mañana se promovió un gran escándalo en la plaza de Afiliados a causa de pasar por aquel punto un caballero con dos niños, que según decían algunas personas, no eran suyos. De las averiguaciones que practicó en el acto la autoridad, resultó que los citados niños estaban por orden judicial en poder de dicho caballero, siendo detenidos un hombre y una mujer que fueron los que dieron la falsa alarma.

PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. San Pedro Wistremundo, y compañeros mártires.

SANTO DE MAÑANA. San Saturnino, confesor.

CULTOS.

Se gana el jubileo de Cuarenta horas en la iglesia del Carmen Calzado, donde continúa la novena de la Santísima Trinidad: A las diez será la Misa mayor en la que predicará D. Gregorio Montes, y por la tarde en los ejercicios, será orador D. Juan Bautista Vinader.

Continúan las novenas de San Antonio de Pádua y predicará en Monserrat, el Padre Montalbán; en Santa María, D. Valentín Casas; en San Justo, el señor Cardona; en San Francisco, D. Basilio Sanchez Grande; en San Antonio de los Portugueses, D. Emilio Santa María; en Loreto, D. Jaime Cardona, y en San Luis, D. Lorenzo Prieto.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA. Nuestra Señora de la Concepción en San Pedro, ó la de la Medalla Milagrosa en San Ginés.

Se reza de la Infractuosa de Pentecostés, con rito semidoble y color encarnado, haciéndose conmemoración de la Feria.

Imprenta de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Pelayo, 34, a cargo de R. Labajos y Arenas.

SECCION DE ANUNCIOS.

AUTORES SELECTOS SAGRADOS

CRISTIANOS Y PROFANOS,

para el uso de los alumnos de latinidad y humanidades, por don Joaquín Espas, Presbítero.—Tercera edición, mejorada por su autor.

La mejor recomendación de esta obra son las dos numerosas ediciones que en breve tiempo se han despachado. Su precio es de 24 rs. en Tarragona, establecimiento tipográfico de los Sres. Puigrubí y Aris, calle de la Unión; 25 en Barcelona, librería de los herederos de la viuda de Plá, calle de la Princesa; y 26 en Madrid, librería de Olamendi, calle de la Paz, núm. 6. En los propios puntos se hallarán las siguientes obras del mismo autor: «Arte de retórica», «Elementos de poética», «Curso teórico-práctico de predicación».

PILDORAS DE LARTIGUE

CONTRA LA GOTA Y EL REUMA.

Prescritas hace más de treinta años por los médicos de Francia, disipan los ataques más violentos en 24 ó 36 horas, impiden la frecuencia de los accesos, imposibilitan que pasen de una parte a otra del cuerpo, y las más veces curan radicalmente, como lo prueban las observaciones publicadas por MM. Chomel, Double, Liefranc, Valpey, Miquel, Amadeo Latour, etc.—Para evitar las falsificaciones, no deben aceptarse más que los frascos que lleven sobre la etiqueta la firma de puño y letra de M. Alf. Lartigue, D. M. P.

Depósito general en París, farmacia Pelletier, rue Jacob, 45; en Madrid, por mayor, agente a franco española, 31, calle del Norte; por menor, a 46 rs., Sres. Borrell hermanos, Moreno Miquel, Escolar, Sanchez Ocaña y Ortega. (A. 3,236.)

CONFERENCIAS

PRONUNCIADAS EN LA CATEDRAL DE PARÍS POR EL R. P. ABBE FELIX.

Materias de que tratan.—Conferencia I: La existencia de la Iglesia.—II: La Iglesia rechazada. La Iglesia necesaria.—III: De la vitalidad de la Iglesia.—IV: De la santidad de la Iglesia.—V: Del catolicismo de la Iglesia.—VI y última: De la unidad de la Iglesia católica.

Estas Conferencias de 1869 forman un folleto de 168 páginas, y se venden a 4 reales en Madrid y 5 en provincias en la administración de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, Pelayo, 34 y 40.

También están de venta a los mismos precios las Conferencias de los años de 1868 al 1869.



El precio de cada 1,000 ejemplares es 70 rs.; de cada 100, 8 rs. y de 50, 4 rs. Los pedidos se harán a D. Marcelino Samper, Presbítero de Cuenca, remitiendo sellos de franqueo o libranza. (Núm. 763.)

NO MAS TINTURAS PROGRESIVAS ORIZALINE.

MISTURA VEGETAL

Un solo del doctor (Un solo frasco. JAMES SMITHSON. frasco.)

Decolora instantáneamente el color natural al cabello y a la barba.

Idéntico lavarse antes ni después. Su aplicación es sencilla y el éxito inmediato; no mancha la piel ni perjudica a la salud.—Para convencer a los incrédulos, la conocida casa de D. Felipe Morales, Carrera de San Gerónimo, 22, se encarga de aplicar la ORIZALINE a las personas que deseen ensayar este maravilloso producto.—La caja con cepillo y peine, 28 rs.; el frasco solo, 24 rs.

Depósito general en París: L. LEGRAND, proveedor de S. M. el EMPERADOR de los franceses, 207, rue Saint-Honoré.—En Madrid, agencia la ORIZALINE a las personas que deseen ensayar este maravilloso producto.—La caja con cepillo y peine, 28 rs.; el frasco solo, 24 rs.

Depósito general en París: L. LEGRAND, proveedor de S. M. el EMPERADOR de los franceses, 207, rue Saint-Honoré.—En Madrid, agencia la ORIZALINE a las personas que deseen ensayar este maravilloso producto.—La caja con cepillo y peine, 28 rs.; el frasco solo, 24 rs.

Depósito general en París: L. LEGRAND, proveedor de S. M. el EMPERADOR de los franceses, 207, rue Saint-Honoré.—En Madrid, agencia la ORIZALINE a las personas que deseen ensayar este maravilloso producto.—La caja con cepillo y peine, 28 rs.; el frasco solo, 24 rs.

Depósito general en París: L. LEGRAND, proveedor de S. M. el EMPERADOR de los franceses, 207, rue Saint-Honoré.—En Madrid, agencia la ORIZALINE a las personas que deseen ensayar este maravilloso producto.—La caja con cepillo y peine, 28 rs.; el frasco solo, 24 rs.

Depósito general en París: L. LEGRAND, proveedor de S. M. el EMPERADOR de los franceses, 207, rue Saint-Honoré.—En Madrid, agencia la ORIZALINE a las personas que deseen ensayar este maravilloso producto.—La caja con cepillo y peine, 28 rs.; el frasco solo, 24 rs.

Depósito general en París: L. LEGRAND, proveedor de S. M. el EMPERADOR de los franceses, 207, rue Saint-Honoré.—En Madrid, agencia la ORIZALINE a las personas que deseen ensayar este maravilloso producto.—La caja con cepillo y peine, 28 rs.; el frasco solo, 24 rs.

Depósito general en París: L. LEGRAND, proveedor de S. M. el EMPERADOR de los franceses, 207, rue Saint-Honoré.—En Madrid, agencia la ORIZALINE a las personas que deseen ensayar este maravilloso producto.—La caja con cepillo y peine, 28 rs.; el frasco solo, 24 rs.

Depósito general en París: L. LEGRAND, proveedor de S. M. el EMPERADOR de los franceses, 207, rue Saint-Honoré.—En Madrid, agencia la ORIZALINE a las personas que deseen ensayar este maravilloso producto.—La caja con cepillo y peine, 28 rs.; el frasco solo, 24 rs.

Depósito general en París: L. LEGRAND, proveedor de S. M. el EMPERADOR de los franceses, 207, rue Saint-Honoré.—En Madrid, agencia la ORIZALINE a las personas que deseen ensayar este maravilloso producto.—La caja con cepillo y peine, 28 rs.; el frasco solo, 24 rs.

Depósito general en París: L. LEGRAND, proveedor de S. M. el EMPERADOR de los franceses, 207, rue Saint-Honoré.—En Madrid, agencia la ORIZALINE a las personas que deseen ensayar este maravilloso producto.—La caja con cepillo y peine, 28 rs.; el frasco solo, 24 rs.

Depósito general en París: L. LEGRAND, proveedor de S. M. el EMPERADOR de los franceses, 207, rue Saint-Honoré.—En Madrid, agencia la ORIZALINE a las personas que deseen ensayar este maravilloso producto.—La caja con cepillo y peine, 28 rs.; el frasco solo, 24 rs.

Depósito general en París: L. LEGRAND, proveedor de S. M. el EMPERADOR de los franceses, 207, rue Saint-Honoré.—En Madrid, agencia la ORIZALINE a las personas que deseen ensayar este maravilloso producto.—La caja con cepillo y peine, 28 rs.; el frasco solo, 24 rs.

Depósito general en París: L. LEGRAND, proveedor de S. M. el EMPERADOR de los franceses, 207, rue Saint-Honoré.—En Madrid, agencia la ORIZALINE a las personas que deseen ensayar este maravilloso producto.—La caja con cepillo y peine, 28 rs.; el frasco solo, 24 rs.

Depósito general en París: L. LEGRAND, proveedor de S. M. el EMPERADOR de los franceses, 207, rue Saint-Honoré.—En Madrid, agencia la ORIZALINE a las personas que deseen ensayar este maravilloso producto.—La caja con cepillo y peine, 28 rs.; el frasco solo, 24 rs.

Depósito general en París: L. LEGRAND, proveedor de S. M. el EMPERADOR de los franceses, 207, rue Saint-Honoré.—En Madrid, agencia la ORIZALINE a las personas que deseen ensayar este maravilloso producto.—La caja con cepillo y peine, 28 rs.; el frasco solo, 24 rs.

Depósito general en París: L. LEGRAND, proveedor de S. M. el EMPERADOR de los franceses, 207, rue Saint-Honoré.—En Madrid, agencia la ORIZALINE a las personas que deseen ensayar este maravilloso producto.—La caja con cepillo y peine, 28 rs.; el frasco solo, 24 rs.

Depósito general en París: L. LEGRAND, proveedor de S. M. el EMPERADOR de los franceses, 207, rue Saint-Honoré.—En Madrid, agencia la ORIZALINE a las personas que deseen ensayar este maravilloso producto.—La caja con cepillo y peine, 28 rs.; el frasco solo, 24 rs.

Depósito general en París: L. LEGRAND, proveedor de S. M. el EMPERADOR de los franceses, 207, rue Saint-Honoré.—En Madrid, agencia la ORIZALINE a las personas que deseen ensayar este maravilloso producto.—La caja con cepillo y peine, 28 rs.; el frasco solo, 24 rs.

Depósito general en París: L. LEGRAND, proveedor de S. M. el EMPERADOR de los franceses, 207, rue Saint-Honoré.—En Madrid, agencia la ORIZALINE a las personas que deseen ensayar este maravilloso producto.—La caja con cepillo y peine, 28 rs.; el frasco solo, 24 rs.

Depósito general en París: L. LEGRAND, proveedor de S. M. el EMPERADOR de los franceses, 207, rue Saint-Honoré.—En Madrid, agencia la ORIZALINE a las personas que deseen ensayar este maravilloso producto.—La caja con cepillo y peine, 28 rs.; el frasco solo, 24 rs.

Depósito general en París: L. LEGRAND, proveedor de S. M. el EMPERADOR de los franceses, 207, rue Saint-Honoré.—En Madrid, agencia la ORIZALINE a las personas que deseen ensayar este maravilloso producto.—La caja con cepillo y peine, 28 rs.; el frasco solo, 24 rs.

Depósito general en París: L. LEGRAND, proveedor de S. M. el EMPERADOR de los franceses